



VALLÉS

SEMANARIO DE F. E. T. Y DE LAS J. O. N. S.
SEGUNDA ÉPOCA DE "ESTILO"

AÑO III

GRANOLLERS, 8 de Marzo de 1942

NUM. 76

Nosotros consideramos al individuo como unidad fundamental, por que éste es el sentido de España, que siempre ha considerado al hombre como portador de valores eternos. El hombre tiene que ser libre, pero no existe la libertad sino dentro de un orden.

José Antonio

(De la conferencia pronunciada en el Teatro Calderón, de Valladolid, el día 3 de Marzo de 1935.)

¡S O M O S E S P A Ñ A ! . . .

parecían gritar. Cumplimos la orden que nos dieron y aquí nos tenéis... ¡Clavados al terreno!

La noche se hizo día y cólera de Dios con el estruendo de las bombas de mano; y un puñado de hombres pusimos en franca huída a fuerzas muy superiores que el terror a la furia hispánica transformaba en pigmeos.

Interesante carta del combatiente de la «División Azul», camarada Francisco Arenas de Madirolas

YA en otra ocasión hablamos del combatiente granollerense de la «División Azul» camarada Francisco Arenas de Madirolas, con motivo de una felicitación de Navidad que de él recibimos. Ahora es una extensa y emocionante carta, con fecha 7 de enero del corriente año, la que nos ha enviado el citado camarada.

Esperando no herir su natural modestia, vamos a publicar unos párrafos de la carta de referencia, en los que, con ardiente palabra, nos relata un hecho de armas que pone bien claramente en evidencia cual es la naturaleza y la entraña del heroísmo de la «División Azul». En las frases sencillas pero llenas de hondo realismo de esta carta del camarada Arenas, vemos reflejada una atracción por el combate y un sentido genuinamente español de entender el orgullo y de mostrarse al mundo como raza y como imperialismo que, a nuestro entender, son las características más acusadas de la heroica División.

«Ocurrió el 27 de diciembre de 1941. Apenas doscientos cuarenta españoles montábamos la guardia de España en una de las posiciones más avanzadas del frente. Un frío de cerca cuarenta grados bajo cero mordía nuestros rostros. Agarrados a nuestras máquinas bélicas soñábamos despiertos con el calor hogareño de la Patria lejana. A las cuatro de la madrugada, es decir, en plenas tinieblas todavía, el enemigo desencadenó, con ánimo de cortar una importante carretera, una de sus embestidas más bárbaras y brutales, intentando arrollarnos a base de su abrumadora superioridad numérica. Con el habitual desprecio al sacrificio de vidas humanas, el mando soviético volcó sobre nuestras líneas más de dos mil quinientos hombres, entre los que figuraban grandes núcleos de fuerzas escogidas. Perfectamente miméticos en vano intentaron la sorpresa y es que allí, frente a un río que el hielo transformó en camino de muerte, estaban unos pocos corazones españoles que bastaban suficientemente para llenar aquel paisaje inmenso, hostil y desolador dispuestos a marcar para España una pequeña gesta.

La filtración enemiga se llevó a cabo por dos puntos distintos. Pronto una de nuestras posiciones quedó prácticamente envuelta. La guarnición jun pelotón escaso ni pensó en retirarse ni en deponer las armas; había recibido la consigna de resistir y eso bastaba. El enemigo quedó mucho tiempo fijado en el terreno sin poder rendir aquel puñado de héroes. El jefe de la posición se limitó a destacar una escuadra que, a tiro limpio, se abrió paso hasta el pueblo de Urdanik para dar cuenta al jefe del sector de lo que ocurría. Los bravos enlaces cumplieron su misión, subrayando de paso, al afirmar la posibilidad del repliegue, el heroísmo de los que en la posición se quedaron voluntariamente a fin de contener, fieles a la orden, el empuje desesperado de los rojos.

Un pueblo contiguo a la posición sitiada, al cabo de cierto tiempo, también

fué cercado. Más de dos mil quinientos hombres emprendían el asalto al misero villorrio. Era tan desesperado y desproporcionado el combate, que muchas casas de la periferia fueron cayendo, una tras otra, en manos de los bolcheviques. Pero... en Urdanik estaba España amiga, y con España la posibilidad del milagro. Nuestro mando, hábil y sereno, ordenó el contraataque. La noche se hizo día y cólera de Dios con el estruendo de las bombas de mano. Y choza a choza, reducto a reducto, el pueblo en su totalidad volvió a pasar a nuestras manos; y un puñado de hombres pusimos en franca huída a una legión que el terror a la furia hispánica transformaba en pigmeos. El contraataque se elevó a la categoría de persecución y la retirada rusa se transformó en desastre. Más de mil muertos rojos (mil ciento ochenta y tres contados) llenaron las barrancadas y el cauce del trágico río. Habíamos tenido relativamente pocas bajas, escasamente un centenar entre muertos y heridos. El recuerdo piadoso de nuestros recientes caídos no podía empañar la sana alegría del triunfo definitivo y rotundo. Ni el gesto de ira que se dibujó en nuestros rostros al entrar de nuevo en la posición tomada por los rojos, pudo relegar en aquellos instantes nuestra reafirmación solemne de la grandeza española.

Allí estaban, cara al sol de la Gloria, todos los camaradas del pelotón bárbaramente clavados al suelo con picos. La rabia de la impotencia marxista quiso ensañarse con aquellos cadáveres sin poder arrebatarse de sus rostros la inolvidable expresión satisfecha: ¡Somos España! parecían gritar. Cumplimos la orden que nos dieron y aquí nos tenéis... ¡clavados en el terreno!

En esta gloriosa batalla yo, con una ametralladora, cubrí un flanco del pueblo de Urdanik.»

Pocas palabras queremos añadir a esta descripción concisa y objetiva. Creemos imposible aumentar desde aquí su emoción. No obstante, bien estará destacar que mientras en España se celebraban las fiestas de la Natividad del Señor, allá en Rusia los voluntarios de la División Azul española tenían que contener el ataque feroz de un enemigo infinitas veces superior.

Es inútil el querer abarcar con palabras todo el heroísmo de los voluntarios de la «División Azul», pues es algo tan sublime que se escapa a los límites de lo humano.

Por eso no podemos contener nuestra ira ante los hombres españoles que permanecen indiferentes a esta juventud sacrificada. Nuestra ira ante los que no teniendo más ley que su dinero, ni más patria que su cuerpo, ni más mundo que este, no comprenden hoy a estos soldados falangistas que representan a la juventud de España, pues como ha dicho el camarada Girón, la «División Azul» no es una masa de combatientes amorfa y gris destinada a llenar un hueco del frente alemán y a la que se

(continúa en la página 4)

EDITORIAL

HACE OCHO AÑOS

HAN transcurrido ocho años desde que en el Teatro Calderón de Valladolid, se proclamaba la fusión de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas creadas por Ramiro Ledesma Ramos y la Falange Española de José Antonio, los primeros gritos de rebeldía en aquel rodar cuesta abajo de unas generaciones que olvidaron el contacto de las armas y el fuego de la sangre de España.

Los unos—los gallos de marzo—vieron claro el camino que recto, unía nuestro tiempo con los tiempos viejos de esplendor. Los otros, impetuosos, saltaron a por el camino batido por la muerte y empezaron a plantar huesos, como jalones, en el, reseco de sol, sin agua, pero con ilusión. Tremolaron al aire banderas patéticas—rojas de ardor, negras de austeridad—con un emblema viejo que foguó desde el cuello a la cintura el pecho de la gloria. Se puso en pie la sangre que no dormía, que velaba, y empezaron las primeras estrofas de un himno tremendamente heroico que decía de primavera y de rosas de triunfo. Fué un despertar violento, como todos nuestros despertares, un despertar violento, como todos nuestros despertares, un despertar con crujir de hierros y sonar de espadas.

Pechos, pocos, pero bastantes, hundían en la tierra todavía no despertada los reñones de sus gritos que clamaban a España porque ya estaban hartos de verla escapar entre las manos como agua clara.

Y era corto el número de pistolas pero la esperanza era mucha. En Castilla se exasperaban los campesinos «con hambre de siglos», en el resto de España, dos letras F. E. — Fé, no debió ser coincidencia—revolvían en las entrañas los rescoldos antiguos.

Eran dos baluartes JONS y Falange Española, y eran una misma voluntad. La fusión espiritual estaba hecha desde el primer momento; pero hacía falta un jefe que atara bien la gavilla de espigas tiernas aún, pero impetuosas ya, hacía falta una mano que enristrara la lanza de aquellos corazones calientes para abrir el primer portillo de escape a la conciencia española, portillo que dió en el cielo. Y el jefe se impuso, no se eligió. Porque eso no se elige.

Las tres estrellas de Jefe Nacional de Falange Española de las J. O. N. S. se incrustaron en el alma de José Antonio, el mejor capitán. Su mano señaló una trayectoria arisca, recta, sobre la muerte, hacia el sol oculto tras los collados que ya se presentía como un amanecer.

Fué preciso que, rota esa mano por una descarga, se levantara otra mano—la de nuestro Caudillo—en ademán de espada para acabar de acoplar el resto de las juventudes sanas, dispuestas por tradición a jugarse la vida, sin reparos, por la grandeza española; para dar la batalla total de reconquista.

Aquel acto celebrado el día 4 de marzo de 1934 en el Teatro Calderón de Valladolid fué el primer paso hacia la unidad total de los hombres de España, hacia esta unidad que es la base de nuestro porvenir.

CRONICA INTERNACIONAL

¿Intentan las democracias establecer un frente en Noruega contra el Eje? El imperio colonial holandés en poder del Japón. - Tensión diplomática nipo-rusa En vísperas de decisivos acontecimientos.

A medida que en Europa se acerca la primavera que ha de permitir reanudar las interrumpidas operaciones bélicas, un mayor nerviosismo domina los espíritus y por todas partes se eligen probables frentes, decisivos, para la lucha empeñada entre las potencias democráticas y las del Eje. Y si por un lado se apunta como evidente una nueva ofensiva, en los frentes del Este que dé al traste con la potencialidad militar rusa y de una vez para siempre libere a Europa del peligro comunista; de otra, se asegura que, cuando menos en Londres y Washington, se ha estudiado seriamente la posibilidad de la creación de un frente en Noruega y de darse la mano con los comunistas a través de la heroica nación finlandesa. Incluso se añade que la concentración de la escuadra inglesa en la parte septentrional de las islas y los desembarcos de tropas americanas en Irlanda no son sino indicios de la acción que se aproxima, y que no se emprendió debido únicamente a las dificultades de orden técnico que tiene su realización. Alemania

no deja de tomar sus medidas para la adecuada respuesta y sus obreros trabajan febrilmente para dar los últimos toques a una línea de fortificación concienzudamente estudiada y realizada que hará punto menos que inaccesible la costa noruega. Añádese a ello, el no muy lejano fracaso tenido por los ingleses en una tentativa inicial y en suma su escaso éxito en la operación con que los mismos alemanes comenzaron la liberación del país con el cual, al parecer, podrán llegar a una situación de paz en no muy lejana fecha.

Mientras tanto en Asia, rumbos definidos y acciones de guerra llevan a la vida los estados de espíritu que momentáneamente se traducen en Europa en preparativos y cálculas. La semana pasada se ha caracterizado por la actividad de todas las fuerzas que el Japón ha puesto en la lucha. Las de tierra han acentuado la presión sobre Rangoon que está a punto de pasar a manos de los nipones, y comi-

(continúa en la página 2)